

El amante de E.B. frente el árbol de las lamentaciones

René Coyra

sabemos que tenía un amante,
de ojos —tal vez— color de las campanas
de alguna iglesia medieval.

lo sospechábamos; acaso habíamos apostado
por uno que otro nombre:
todos queremos ver en otros lo que nuestra carne lacera.

imaginábamos aquella Habana,
la tarde que enmudece,
el árbol de las lamentaciones pugnando con la tierra
que apenas se hace tocar por él,
la caricia del mar y la sordidez nuestra.

tenía un amante,
me gusta soñarlo de esa manera,
verlos sentados en cualquiera de esos parques
que existen gracias al abandono que Dios debe haber sentido
en algún momento por nuestras cosas.

hemos olvidado la fuente,
sus delfines de plata
la música de la yerba dentro del agua
un parque y un país;
vaya qué suerte...
mañana tras mañana,
un amor como un apuesto lazarillo.

prefiero no creer en nada a pensar que puede
no ser cierto, los veo irse,
juntos, penetrando en la devastada ciudad,
el círculo que forma nuestra vida con la nada.

yo pude ser su amante,
él pudo escribir todos aquellos poemas para mí.
Emilio Ballagas, de qué vale ya avergonzarnos.